

# DOMINGO II DE CUARESMA “C”

«¡Maestro, qué bien se está aquí!»

Gn 15, 5-12. 17-18:  
Sal 26, 1-14:  
Flp 3, 17-4, 1:  
Lc 9, 28b-36:

Dios hace alianza con el fiel Abrahán  
El Señor es mi luz y mi salvación  
Cristo nos transformará, según el modelo de su cuerpo glorioso  
Mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió

## I. LA PALABRA DE DIOS

Comenzando el camino cuaresmal, la Iglesia nos presenta hoy a Cristo en su transfiguración –estrechamente vinculada al primer anuncio de la pasión y a la oración de Jesús–. Un acontecimiento indescriptible, pero que pone de relieve la hermosura de Cristo –«*mientras oraba, el aspecto de su rostro cambió, sus vestidos brillaban de blancos*»– y el enorme atractivo de su persona, que hace exclamar a Pedro «*¡Qué hermoso es estar aquí!*».

«*Su rostro cambió*». Su oración es la que transfigura a Jesús y lo hace aparecer con la luminosidad propia del Hijo de Dios. Transitoriamente, la apariencia humilde y cotidiana de Jesús se transformó, ante sus más íntimos, en irradiación de su gloria divina, inseparable de su persona de Hijo de Dios.

«*Qué bueno sería quedarnos aquí*». Precipitadamente, Pedro habla en términos de estabilidad, de vida feliz, como si todo pudiera arreglarse sin la cruz; lo saca de sus fantasías la voz del Padre: «*Éste es mi Hijo, mi elegido, escúchenlo*».

Todo el esfuerzo de conversión en esta Cuaresma sólo tiene sentido si nace de este encuentro con Cristo y de escuchar su voz. Pablo se convierte porque se encuentra con Jesús en el camino de Damasco. Pues, del mismo modo, nosotros no nos convertiremos a unas normas éticas, por elevadas que sean, sino a una persona viviente; tampoco por un conocimiento superficial, sino por un encuentro personal con Él. De ahí las palabras del salmo y de la antífona de entrada: «*Oigo en mi corazón: Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro*». Se trata de mirar a Cristo y de dejarnos seducir por Él. De esta manera experimentaremos, como Pablo, que lo que nos parecía ganancia nos parece pérdida y la conversión se obrará con rapidez y facilidad.

La transfiguración nos da la certeza de que nuestra conversión es posible: «*Él transformará nuestra condición humilde según el modelo de su condición gloriosa, con esa energía que posee para someterse todo*». Si la conversión dependiera de nuestras débiles fuerzas, poco podríamos esperar de la Cuaresma. Pero el saber que depende de la energía poderosa de Cristo nos da la confianza y el deseo de lograrla, porque Cristo puede y quiere cambiarnos.

## II. LA FE DE LA IGLESIA

Una visión anticipada del Reino:  
La Transfiguración  
(554 – 556)

En el umbral de la vida pública se sitúa el Bautismo; en el de la Pascua, la Transfiguración. «*Por el bautismo de Jesús fue manifestado el misterio de la primera regeneración: nuestro bautismo; la Transfiguración es*

*el sacramento de la segunda regeneración: nuestra propia resurrección*» (Santo Tomás). Desde ahora nosotros **participamos en la Resurrección del Señor por el Espíritu Santo que actúa en los sacramentos**. La Transfiguración nos concede una visión anticipada de la gloriosa venida de Cristo «*el cual transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo*». Pero ella nos recuerda también que «*es necesario que pasemos por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios*» (Hch 14, 22).

**Lo que confiesa la fe, los sacramentos lo comunican:** por los sacramentos que les han hecho renacer, los cristianos han llegado a ser hijos de Dios, partícipes de la naturaleza divina. Por los sacramentos **y la oración** reciben **la gracia de Cristo y los dones** de su Espíritu que les **capacitan** para ello. Los cristianos, reconociendo en la fe su **nueva dignidad**, son llamados a llevar en adelante una **vida digna del Evangelio** de Cristo.

**La gracia transfigura ya a los hombres (1996 – 2005)**

La gracia es una participación en la vida de Dios. Nos introduce en la intimidad de la vida trinitaria. Es el don gratuito que Dios nos hace de **su vida infundida** por el Espíritu Santo en nuestra alma para **sanarla** del pecado y **santificarla**.

La **gracia santificante** es un **don habitual** (permanente), una **disposición estable y sobrenatural** que **perfecciona al alma para hacerla capaz de vivir con Dios y de obrar** por su amor. La gracia comprende **también los dones** que el Espíritu Santo nos concede para **asociarnos a su obra**, para **hacernos capaces** de colaborar en la salvación de los otros y en el crecimiento del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia.

**La transfiguración del bautizado por la oración (2559 – 2565)**

La oración es la **relación viva** de los hijos de Dios con su Padre infinitamente bueno, con su Hijo Jesucristo y con el Espíritu Santo. Así, la vida de oración es **estar habitualmente en presencia de Dios**, tres veces Santo, y **en comunión con Él**.

**La transfiguración del bautizado por la vida moral (1691 – 1698)**

«*Cristiano, reconoce tu dignidad. Puesto que ahora participas de la naturaleza divina, no degeneres volviendo a la bajeza de tu vida pasada. Recuerda a qué Cabeza perteneces y de qué Cuerpo eres miembro. Acuérdate de que has sido arrancado del poder de las tinieblas para ser trasladado a la luz del Reino de Dios*» (San León Magno).

Cristo Jesús hizo siempre lo que agradaba al Padre. Vivió siempre en perfecta comunión con Él. De igual

modo sus discípulos son **invitados a vivir bajo la mirada del Padre** que ve en lo secreto para ser perfectos como el Padre celestial es perfecto.

Incorporados a Cristo por el bautismo, los cristianos están **muertos al pecado y vivos para Dios** en Cristo Jesús, participando así en la vida del Resucitado. Siguiendo a Cristo y en unión con él, los cristianos pueden ser **imitadores de Dios**, como hijos queridos y vivir en el amor, **conformando sus pensamientos, sus palabras y sus acciones con los sentimientos que tuvo Cristo y siguiendo sus ejemplos**.

**Justificados** en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios, **santificados y llamados a ser santos**, los cristianos se convierten en el templo del Espíritu Santo. Este Espíritu del Hijo les enseña a orar al Padre y, haciéndose vida en ellos, les hace obrar para dar los frutos del Espíritu por la caridad operante. **Sanando** las heridas del pecado, el Espíritu Santo nos renueva interiormente mediante una transformación espiritual, nos ilumina y nos fortalece para vivir como hijos de la luz, por la bondad, la justicia y la verdad en todo.

El camino de Cristo lleva a la vida, un camino contrario lleva a la perdición. Es preciso caer en cuenta de la importancia de las decisiones morales para nuestra salvación. Es importante destacar con toda claridad el gozo y las exigencias del camino de Cristo. La vida nueva en Él será: vida de gracia, pues por la gracia somos salvados, y también por la gracia nuestras obras pueden dar fruto para la vida eterna; **vida en el Espíritu Santo**, Maestro interior de la vida según Cristo, dulce huésped del alma que inspira, conduce, rectifica y fortalece esta vida; **vivencia de las bienaventuranzas**, porque el camino de Cristo está resumido en las bienaventuranzas, único camino hacia la dicha eterna a la que aspira el corazón del hombre; **viva conciencia de la gravedad del pecado y de la necesidad del perdón**, porque sin reconocerse pecador, el hombre no puede conocer la verdad sobre sí mismo, condición del obrar justo, y sin el ofrecimiento del perdón no podría soportar esta verdad; **cultivo de las virtudes humanas** que haga captar la belleza y el atractivo de las rectas disposiciones para el bien; **experiencia de las virtudes cristianas de fe, esperanza y caridad** inspiradas en el ejemplo de los santos; **práctica del doble mandamiento de la caridad** desarrollado en el Decálogo; **vida eclesial**, pues en los múltiples intercambios de los bienes espirituales en la comunión de los santos es donde la vida cristiana puede crecer, desplegarse y comunicarse.

La referencia primera y última de esta vida nueva será siempre **Jesucristo** que es «*el camino, la verdad y la vida*». Contemplándole en la fe, los fieles de Cristo podemos esperar que Él realice en nosotros sus promesas, y que amándolo con el amor con que Él nos ha amado realicemos las **obras que corresponden a nuestra dignidad**.

### La transformación de los deseos (2520 – 2533; 2544 – 2550)

El Bautismo confiere al que lo recibe la gracia de la purificación de todos los pecados. Pero el bautizado debe seguir luchando contra la concupiscencia de la

carne y los apetitos desordenados. La pureza del corazón nos alcanzará el ver a Dios y nos da desde ahora la capacidad de ver según Dios todas las cosas. La purificación del corazón es imposible sin la **oración**; la práctica de la **castidad**, que nos permite amar con un corazón recto e indiviso; la **pureza de intención**, que es afán por encontrar y realizar en todo la voluntad de Dios; la **limpieza de mirada**, exterior e interior; la **disciplina de los sentidos y la imaginación**; y el **rechazo de toda complacencia** en los pensamientos impuros.

La buena nueva de Cristo renueva continuamente la **vida y la cultura** del hombre caído; **combate y elimina los errores y males** que brotan de la seducción, siempre amenazadora, del pecado. **Purifica y eleva sin cesar las costumbres de los pueblos**. Con las riquezas de lo alto fecunda, consolida, completa y restaura en Cristo, como desde dentro, **las bellezas y cualidades espirituales** de cada pueblo o edad.

### III. EL TESTIMONIO CRISTIANO

*“Ciertamente nosotros trabajamos también, pero no hacemos más que trabajar con Dios que trabaja. Porque su misericordia se nos adelantó para que fuésemos curados; nos sigue todavía para que, una vez sanados, seamos vivificados; se nos adelanta para que seamos llamados, nos sigue para que seamos glorificados; se nos adelanta para que vivamos según la piedad, nos sigue para que vivamos por siempre con Dios, pues sin él no podemos hacer nada”* (San Agustín).

### IV. LA ORACIÓN CRISTIANA

*Transfigúrame, Señor, transfigúrame*

*Quiero ser tu vidriera,  
tu alta vidriera azul, morada y amarilla.  
Quiero ser mi figura, sí, mi historia,  
pero de ti en tu gloria traspasado*

*Transfigúrame, Señor, transfigúrame*

*Mas no a mí solo,  
purifíca también  
a todos los hijos de tu Padre  
que te rezan conmigo o te rezaron,  
o que acaso ni una madre tuvieron  
que les guiara a balbucir el Padrenuestro*

*Transfigúranos, Señor, transfigúranos*

*Si acaso no te saben, o te dudan  
o te blasfeman, límpiales el rostro  
como a ti la Verónica;  
descórreles las densas cataratas de sus ojos,  
que te vean, Señor, como te veo*

*Transfigúralos, Señor, transfigúralos*

*Que todos puedan, en la misma nube  
que a ti te envuelve,  
despojarse del mal y revestirse  
de su figura vieja y en ti transfigurada.  
Y a mí, con todos ellos, transfigúrame*

*Transfigúranos, Señor, transfigúranos.*

*Amén.*